



LA CAPITALIZACIÓN DEL CUERPO: PORNOGRAFÍA Y OTRAS FORMAS CONTEMPORÁNEAS DE PROSTITUCIÓN

realizado por
Cristian Gutiérrez Plans

dirigido por
Meri Torras Francés

Trabajo Final de Grado
Lengua y Literatura Españolas
Facultad de Filosofía y Letras

2024-2025

Resumen

La capitalización del cuerpo: pornografía y otras formas contemporáneas de prostitución explora el modo en que los cuerpos humanos se han convertido en objetos de consumo, reducidos a su valor sexual y productividad económica. A través de un análisis multidisciplinario, el estudio analiza la pornografía y la prostitución como expresiones de la capitalización del cuerpo, donde el deseo y la intimidad se transforman en productos y las relaciones sexuales en formas despersonalizadas de intercambio económico. Se plantea que, más allá de esta dimensión económica, estos fenómenos son síntomas de una transformación cultural en la que el cuerpo se convierte en un objeto intercambiable, despojado de su valor intrínseco y convertido en un bien de consumo. Asimismo, se aborda cómo la mercantilización de las relaciones íntimas y la desconexión emocional que las caracteriza reflejan una crisis más profunda en las formas de interacción humana dentro de la modernidad, y cómo estos procesos, a su vez, responden a un orden social más amplio que reduce al individuo a su papel de productor y consumidor.

Palabras clave: pornografía, prostitución, cuerpo, mercantilización, sexualidad

Abstract

The Capitalization of the Body: Pornography and Other Contemporary Forms of Prostitution explores how human bodies have become objects of consumption, reduced to their sexual value and economic productivity. Through a multidisciplinary analysis, the study examines pornography and prostitution as expressions of the capitalization of the body, where desire and intimacy are transformed into commodities, and sexual relations become depersonalized forms of economic exchange. It is argued that, beyond their economic dimension, these phenomena are symptoms of a cultural transformation in which the body becomes an interchangeable object, stripped of its intrinsic value and turned into a consumer good. The work also addresses how the commodification of intimate relationships and the emotional disconnection that characterizes them reflect a deeper crisis in modes of human interaction within modernity, and how these processes, in turn, respond to a broader social order that reduces the individual to their role as producer and consumer.

Key words: pornography, prostitution, body, commodification, sexuality

SUMARIO

1. Palabras preliminares

2. La sociedad pornográfica

2.1. La economía del deseo

2.2. Políticas del placer

3. El cuerpo como capital sexual

3.1. El mercado erótico: prostitución y pornografía en la era neoliberal

3.2. El sexo en la era digital

4. Impacto social: cuerpo y subjetividad

4.1. Alienación y deshumanización de los cuerpos sexualizados

4.2. La sexualidad despersonalizada en la era del consumo

5. (Des)estigmatización de los cuerpos sexualizados

5.1. El estigma social hacia los cuerpos sexualizados

5.2. La normalización de las prácticas sexuales comercializadas

6. Conclusiones

1. Palabras preliminares

El rendimiento ha reemplazado al éxtasis:
lo físico está de moda, lo metafísico no.

Z. Bauman, *Amor líquido*

El cuerpo ya no nos pertenece. En la era del capitalismo neoliberal, ha sido despojado de su autonomía, transformado en superficie de intercambio e interfaz de deseo. Plataformas como *Pornhub*, *OnlyFans* o *XVideos* no son meros repositorios de pornografía; son infraestructuras globales que distribuyen, monetizan y, sobre todo, producen el deseo. No asistimos únicamente a una digitalización del sexo, sino a la progresiva consolidación de una profunda reconfiguración de la economía del cuerpo en la que placer, afecto y subjetividad son reorganizados bajo las estrictas coordenadas del capital.

La presente disertación parte de una hipótesis central: pornografía y prostitución¹ no son prácticas marginales, sino dispositivos estructurales de una economía política del deseo que se ha infiltrado en todos los ámbitos de la vida contemporánea. Este sistema organiza y jerarquiza, convirtiendo al cuerpo en mercancía, al deseo en consumo y a la intimidad en espectáculo de consumo visual. Lo erótico, lejos de inscribirse en una experiencia relacional y afectiva, se subordina al circuito incesante de producción, donde los sujetos son simultáneamente consumidores y productos, trabajadores y contenidos. En lugar de representar una forma de liberación —tal como postulan las narrativas liberales que celebran el trabajo sexual como expresión de autonomía—, la realidad es mucho más compleja: es necesario interrogar críticamente los mecanismos de cosificación y deshumanización que estructuran la industria del sexo, así como el modo en que las dinámicas de consumo sexual han reconfigurado las relaciones interpersonales y el sentido mismo del deseo. La digitalización no ha liberado el deseo; lo ha transformado, sometiéndolo a las lógicas de rendimiento, visibilidad y mercantilización. Este proceso reconfigura las formas de trabajo sexual, convirtiendo lo erótico en un producto homogéneo que circula por un mercado global. Por ello, serán interrogadas las narrativas sobre la implicación de las trabajadoras sexuales en plataformas como las mencionadas, cuestionando hasta qué punto estas formas de trabajo son realmente autónomas o simplemente formas de explotación bajo nuevas condiciones.

¹ Los términos “pornografía” y “prostitución” se utilizan en un sentido amplio, más allá de sus definiciones convencionales. Ambos conceptos son abordados como dispositivos de capitalización visual y performativa de la sexualidad, caracterizados por la mecanización del deseo, la escenificación del placer y la conversión del cuerpo en unidad de consumo. El análisis se centra, por tanto, en su dimensión estructural y simbólica —más que en sus formas específicas—, entendiendo estas prácticas como síntomas de un orden cultural donde la intimidad se ve sistemáticamente despojada de afectividad y convertida en mercancía.

El análisis de esta economía sexual capitalizada se articula en torno a varios objetivos fundamentales: primero, examinar cómo la pornografía y la prostitución operan como industrias que explotan el cuerpo y lo transforman en producto económico; segundo, analizar cómo el deseo y el placer se han convertido en experiencias despersonalizadas y consumibles; tercero, estudiar el papel de la digitalización en la expansión de las formas de trabajo sexual en nuevas plataformas digitales; y, finalmente, evaluar el impacto de estas dinámicas en el plano subjetivo, prestando especial atención a los efectos de alienación y estigmatización proyectados en los cuerpos sexualizados. Al inmiscuirse en la investigación de estos procesos, es posible y, si se quiere, lógico, plantear que la sexualidad contemporánea no es simplemente una práctica privada, sino un campo de batalla político donde se juega la gestión del cuerpo y sus relaciones sexoafectivas. En última instancia, lo que aquí se propone no es simplemente una crítica moral o normativa a la industria del sexo, sino una lectura estructural de sus condiciones de posibilidad. La pornografía y las formas contemporáneas de prostitución deben entenderse como reflejo y síntoma de un orden social más amplio, en el que el cuerpo se ha desprendido de su densidad ética para devenir pura funcionalidad económica. Interrogar estas prácticas exige repensar no sólo cómo deseamos, sino también desde dónde lo hacemos, para quién, y bajo qué condiciones de visibilidad, trabajo y poder.

El recorrido analítico propuesto ha sido construido a partir de una cartografía crítica que combina enfoques teóricos provenientes de la filosofía, la sociología del cuerpo y los estudios culturales, con una lectura atenta de ciertas obras literarias contemporáneas que operan como espejos —a veces deformantes, a veces hiperlúcidos— de los procesos de capitalización del cuerpo. En este sentido, la literatura ha funcionado como hilo conductor y brújula interpretativa del trabajo. Las distintas obras —tanto explícitas como implícitas en el texto— permiten articular una reflexión sobre el deseo, la alienación y la performatividad sexual desde un espacio estético que complejiza lo conceptual y humaniza lo estructural. De igual modo, el cine, los productos audiovisuales y otras expresiones artísticas —aunque no incluidas formalmente en el análisis por exceder el marco literario del grado— han sido fundamentales para la formación de las categorías críticas del trabajo. Su presencia, aunque lateral, ha servido para consolidar intuiciones, matizar afirmaciones teóricas y activar preguntas que atraviesan toda la escritura. En este sentido, el enfoque metodológico no ha sido deductivo ni ejemplificador, sino exploratorio y cartográfico: el análisis se ha ido conformando a partir de núcleos temáticos que dialogan entre sí a través de una red de signos, ficciones, discursos e imágenes.

2. La sociedad pornográfica

2.1. La economía del deseo

Las imágenes porno muestran la mera vida expuesta
El porno es la antípoda del Eros. Aniquila la sexualidad misma.

B.C. Han, *La agonía del Eros*

El deseo y la sexualidad han dejado de ser esferas privadas y autónomas para convertirse en engranajes fundamentales de la maquinaria económica. La denominada economía del deseo configura un marco en el que la afectividad y el erotismo están plenamente subordinados a la lógica del mercado y la productividad. Este fenómeno no sólo transforma los objetos del deseo, sino que también redefine la subjetividad misma, moldeando individuos que se perciben y gestionan como capitales eróticos en constante optimización.

Byung-Chul Han, en *La agonía del Eros* (2012), señala que el amor ha sido reducido y positivado en forma de sexualidad, un ámbito que ya no escapa a la lógica del rendimiento. El sexo ha dejado de ser un espacio de trascendencia y alteridad para convertirse en una función fisiológica y productiva: «El sexo es rendimiento. Y la sensualidad es un capital que hay que aumentar. El cuerpo, con su valor de exposición, equivale a una mercancía» (2014: 18). Este proceso implica que el cuerpo humano, en particular el cuerpo femenino, es concebido como una plataforma de valor visual, cuya función principal es atraer miradas y capital simbólico y económico. En este sentido, la economía del deseo se inscribe directamente en la sociedad del rendimiento, donde incluso la esfera íntima y sexual está colonizada por las exigencias de productividad y competencia. El impacto de esta lógica es devastador para la experiencia amorosa genuina. Según Han, la economía del deseo erosiona la alteridad del otro al convertirlo en un objeto excitante y consumible: «No se puede amar al otro despojado de su alteridad, solo se puede consumir» (2014: 18). La sexualización del otro, fragmentado en partes funcionales para el deseo, destruye cualquier posibilidad de encuentro profundo y transforma la intimidad en un espacio plano y predecible; en otros términos, transforma la alteridad en igualación, la diferencia en concordancia. Como observa Han, «el deseo del otro es suplantado por el confort de lo igual. Se busca la placentera, y en definitiva cómoda, inmanencia de lo igual» (2012: 23). Este empobrecimiento del Eros no es

accidental, sino estructural: al eliminar la tensión y el misterio que constituyen la esencia del deseo, la economía del deseo asegura su perpetuación como ciclo de consumo inagotable.

Eva Illouz amplía esta visión al analizar cómo la sexualidad contemporánea se ha transformado en una plataforma de consumo multifacético. Desde productos tangibles como cosméticos y ropa interior, hasta bienes simbólicos como experiencias sensuales o aplicaciones de citas, el deseo se organiza hoy como un proyecto consumista: «La sexualidad era un proyecto de consumo que apuntaba a realizar uno de los proyectos más profundos de la vida y del yo por medio de diversas prácticas consumistas» (2020: 76). La clave aquí es que la cultura del consumo estructura por completo el deseo; este ha sido absorbido en el circuito económico, hasta el punto de que ya no podemos concebir nuestra vida íntima y afectiva fuera de los parámetros mercantiles. La lógica del consumo erótico reconfigura la subjetividad mediante la figura del hipersujeto, concepto desarrollado por Illouz. Este hipersujeto es una figura moderna definida no solo por tener necesidades y deseos, sino por activar prácticas concretas que apuntan a satisfacerlos, todo ello en un marco saturado de opciones: «El deseo sexual produce un valor económico, mientras que su producción está entrelazada con mercancías. Una vez combinadas, las formas sexuales y económicas de acción crean lo que yo denomino un hipersujeto» (2020: 136-137). Aquí el individuo ya no solo consume para satisfacer un deseo preexistente, sino que construye su identidad y subjetividad a través de las mismas prácticas consumistas que supuestamente le permiten "realizarse". Un concepto crucial en este entramado es el de la performatividad sexual, entendida como la necesidad de construir activamente un atractivo sexual mediante prácticas y productos de consumo. Para ello, y a fin de constituirse como entidad deseable, el cuerpo debe ser desarrollado como objeto de rentabilidad estética. Illouz describe cómo

el atractivo sexual se establece performativamente por medio de artículos y prácticas pertenecientes a la esfera del consumo y, por ende, es una realización económica: por medio de los deportes, de la moda y de los cosméticos, así como de productos médicos y farmacéuticos, transforma el cuerpo en una superficie apta para el consumo visual (2020: 140).

Aquí, la economía del deseo convierte la seducción y el erotismo en un trabajo performativo que exige inversión constante: ejercicio físico, tratamientos estéticos, cirugía plástica, productos cosméticos y farmacéuticos. Esta inversión estética se justifica como una apuesta cuyo retorno esperado es la obtención de valor simbólico, véase atracción o éxito

social, y, en muchos casos, también económico. El mercado de las aplicaciones de citas, como *Tinder* y *Bumble* —o sus vertientes *queer*, *Grindr* y *HER*— encarna esta lógica a la perfección. Mujeres y hombres son impulsados a invertir en su imagen y a optimizar sus perfiles para maximizar sus oportunidades de ser seleccionados, lo que reproduce una dinámica de comercio, en la que los sujetos implicados «exponen sus rostros y cuerpos en un mercado organizado de perfiles visibles para el público, por lo cual convierten sus cuerpos en imágenes que, a su vez, devienen mercancías comercializables» (2020: 147). Esta dinámica no es meramente simbólica, sino que produce un flujo económico real, donde la inversión en el propio cuerpo y la propia imagen se convierten en microcosmos económicos: »una cadena ininterrumpida que convierte iconos de belleza y objetos de consumo en cuerpos sexualmente atractivos se alimenta y retroalimenta en la economía mediante la conversión del cuerpo atractivo en una fuente de valor» (2020: 148).

En este contexto, se produce una innegable personalización del deseo, en la cual el sujeto contemporáneo se encarga de elegir y configurar sus preferencias *ad libitum*: filtra, descarta y selecciona, da *like*, hace *match* o desliza. Esta dinámica en la que imperan las opciones, la criba y la clasificación produce, según Illouz, una racionalización del deseo. La elección consciente de unas determinadas formas de vivir la sexualidad o la sentimentalidad depositan en el individuo un alto grado de responsabilidad: ahora es él quien debe definir unos parámetros sobre aquello que es o no deseable en el otro. Todo en conjunto impregna al individuo elector de una deuda con su propia elección; sólo él es responsable de su éxito o fracaso, tanto a nivel individual como relacional. Han advierte que este proceso alcanza su máxima expresión en la pornografía, la cual no solo hiperexhibe la sexualidad, sino que destruye la experiencia erótica por completo al eliminar toda posibilidad de encuentro con el otro: «La exposición aniquila precisamente toda posibilidad de comunicación erótica. Es obscena y pornográfica la cara desnuda, carente de misterio y de expresión, reducida exclusivamente a su estar expuesta» (2014: 32). La pornografía representa así la culminación de la economía del deseo: un universo donde todo está expuesto y nada permanece oculto, lo cual paradójicamente destruye el deseo mismo; como bien afirma Han, «la hipervisibilidad no es ventajosa para la imaginación. Así, el porno, que en cierto modo lleva al máximo la información visual, destruye la fantasía erótica» (2020: 36). Este esquema revela una paradoja fundamental: cuanto más se expone y mercantiliza el deseo, más se empobrece la experiencia erótica. La economía del deseo, lejos de satisfacer las aspiraciones profundas del Eros, produce sujetos insatisfechos y decepcionados, atrapados en un ciclo infinito de consumo y frustración. Como resume Illouz, «la decepción viene de la mano de la

imaginación» (2020: 34), es decir, la promesa capitalista de plenitud afectiva y sexual nunca se cumple del todo, lo que garantiza la continuidad del deseo como motor económico.

Así, emerge una sofisticada economía política del deseo donde la performatividad sexual y la inversión estética se convierten en requisitos *sine qua non* para participar en el mercado amoroso. La economía del deseo no sólo coloniza la subjetividad, sino que impone una serie de reglas de juego en las que el capital visual y estético resulta determinante. Como resultado, el deseo ya no puede ser concebido como una fuerza autónoma y disruptiva; más bien, funciona como un engranaje fundamental en la maquinaria neoliberal, cuyo rendimiento se mide en términos tanto sociales como económicos. En definitiva, la economía del deseo configura un marco donde la sexualidad y el amor son subsumidos bajo las leyes del mercado, transformando al individuo en un emprendedor de sí mismo también en la esfera íntima. La hiperexposición del cuerpo y su consecuente mercantilización han reconfigurado profundamente la experiencia del Eros, orientándola hacia la eficiencia en términos de rentabilidad. Frente a este contexto, la pregunta que se abre es si es posible recuperar una experiencia amorosa y erótica que escape a esta lógica totalizante o si, como parece advertir Han, el Eros está condenado a disolverse definitivamente en esta economía del rendimiento e hiperexposición.

2.2. Políticas del placer

Lo que el capitalismo actual pone a trabajar
es la potencia de correrse como tal.

Preciado, *Testo yonqui*

El placer contemporáneo, en la transgresora reflexión de Paul B. Preciado en *Testo Yonqui* (2008), se erige como un fenómeno radicalmente intervenido por los regímenes de poder, los intereses económicos y las tecnologías biomédicas. Ya no se trata de una experiencia privada y naturalizada, sino de un territorio estratégico en el que se articulan biopolítica, farmacología y mediación visual a fin de moldear y explotar la excitación. El autor ilustra esta idea con precisión al afirmar que «El sexo, los órganos sexuales, el pensamiento, la atracción, se desplazan al centro de la gestión tecnopolítica en la medida en la que está en juego la posibilidad de sacarle provecho a la fuerza orgásmica» (2020a: 40). Por ende, el cuerpo se convierte en un laboratorio tecnopolítico donde se experimenta la producción y el control del placer, evidenciando que la sexualidad ha sido capturada por dispositivos institucionales que gobiernan incluso la intimidad más profunda. El concepto de

"farmacopornografía" es uno de los pilares fundamentales de su análisis: describe la fusión de las industrias farmacéutica y pornográfica como la matriz hegemónica de biocontrol y explotación del deseo. Preciado observa cómo este ensamblaje ha dado lugar a un nuevo orden global donde el capitalismo, en su forma de «régimen farmacopornográfico», se sostiene sobre técnicas de explotación y maximización del placer:

El régimen farmacopornográfico de la sexualidad no puede funcionar sin la circulación de una enorme cantidad de flujos semiotécnicos: flujos de hormonas, flujos de silicona, flujos digitales, textuales y de la representación..., en definitiva, sin un tráfico constante de biocódigos de género [...] La certeza de ser hombre o mujer es una ficción somatopolítica producida por un conjunto de tecnologías de domesticación del cuerpo, por un conjunto de técnicas farmacológicas y audiovisuales que fijan y delimitan nuestras potencialidades somáticas funcionando como filtros que producen distorsiones permanentes de la realidad que nos rodea (2020a: 88-89).

La pornografía digitalizada y la medicalización masiva —a través de productos como Viagra, hormonas o antidepresivos— configuran una suerte de capitalismo "somático", donde cada aspecto de la vida sexual es configurado bajo lógicas ficcionales en favor de la mercantilización. Es así como se produce la invención y el consecuente control de la subjetividad sexual contemporánea. Atendiendo a Preciado, hablamos de "ficciones somáticas" no porque no tengan una correspondencia material, sino porque tanto su existencia como su pervivencia dependen de aquello que Judith Butler denominó como «repetición performativa de procesos de construcción política» (2020a: 58). La performatividad es un factor esencial, estrictamente necesario: el poder y el sistema precisan de ella a la hora de establecer nuevos modos de producir placer que se integran, por supuesto, en lógicas de rentabilidad económica. Las denominamos prácticas ficcionales en tanto en cuanto «fuera de estas ecologías somáticopolíticas que regulan el género y la sexualidad, no hay ni hombres ni mujeres, del mismo modo que no hay ni heterosexualidad ni homosexualidad» (2020a: 90). Así, este sistema de construcción biopolítica o, como lo denomina Preciado, «Imperio sexual» (2020a: 59), no sólo regula las identidades sexuales, sino que también las fabrica, moldeando las fantasías, los cuerpos y las prácticas mediante un complejo tejido de imágenes y biotecnologías.

El contexto somatopolítico (de producción tecnopolítica del cuerpo) posterior a la Segunda Guerra Mundial parece estar dominado por un conjunto de nuevas tecnologías del cuerpo (biotecnologías, cirugía, endocrinología, etc.) y de la representación (fotografía, cine, televisión, cibernetica, etc.) que infiltran y penetran la vida cotidiana como nunca lo habían hecho antes. Se trata de tecnologías biomoleculares, digitales y de transmisión de información a alta velocidad: es la era de tecnologías blandas, ligeras, viscosas; de tecnologías gelatinosas, inyectables, aspirables, incorporables (2020a: 66).

El autor se percibe a sí mismo como «*gender hacker*» (2020a: 39). La administración de testosterona simboliza, en el texto, una práctica de resistencia y autoexperimentación como lugar posible, donde el sujeto se apropiá de las herramientas biomédicas para rediseñar su identidad sexual y corporalidad: «Vacunarse de testosterona puede ser una técnica de resistencia para los cuerpos que hemos sido asignados como bio-mujeres. Adquirir una cierta inmunidad política de género» (2020a: 283). Por ende, el “yonqui de testosterona” no es solo un consumidor de droga, sino un productor autogestionado de su sexualidad y su identidad. Esta figura rompe con la pasividad impuesta por los discursos biomédicos y abre camino hacia un desbordamiento de los marcos de control institucional, proponiendo nuevas formas de agencia política y de resistencia: «En este caso, la sustancia no solo modifica el filtro a través del que descodificamos y recodificamos la realidad, sino que modifica radicalmente el cuerpo y, por tanto, el modo en el que somos descodificados por los otros» (2020a: 283). Afirma la primacía del deseo como fuerza constitutiva del sujeto, como poder político en sí mismo, en contra de cualquier marco normativo que pretenda contenerlo:

No tomo testosterona para convertirme en un hombre, ni siquiera para transexualizar mi cuerpo, simplemente para traicionar lo que la sociedad ha querido hacer de mí, para escribir, para follar, para sentir una forma post-pornográfica de placer, para añadir una prótesis molecular a mi identidad transgénero *low-tech* hecha de dildos, textos e imágenes en movimiento (2020a: 20)

Desde esta perspectiva, el placer deja de ser una vivencia privada para devenir un espacio político, conflictivo, y altamente regulado. Las políticas del placer no solo nos dicen cómo gozar, sino qué cuerpos pueden hacerlo, en qué condiciones, con qué tecnologías y a qué precio. Este marco no excluye la posibilidad de agencia, pero la somete a los marcos de inteligibilidad de un sistema profundamente neoliberal. La medicalización del deseo, la hipervisibilización del sexo y la proliferación de productos y tecnologías destinadas a

potenciar el rendimiento sexual son síntomas de esta nueva fase del biopoder, donde lo íntimo es explotado sistemáticamente. El texto de Preciado, en este sentido, no es solo diagnóstico, sino también horizonte. Su crítica al régimen farmacopornográfico nos invita a pensar formas de reappropriación del cuerpo y del deseo que no respondan a las lógicas inherentes al capitalismo. Plantea un uso del placer que no es obediente ni domesticado, sino subversivo, experimental, políticamente productivo. Recuperar el placer como campo de invención subjetiva es, quizá, uno de los desafíos más urgentes frente a su captura por la economía del rendimiento.

3. El cuerpo como capital sexual

3.1. Erotismo, prostitución y pornografía en la era neoliberal

A este capitalismo le interesan los cuerpos y sus placeres.

Preciado, *Pornotopía*

El cuerpo ya no es, en esencia, un cuerpo: es una tienda abierta 24/7, una *startup* erótica gestionada desde la cama, una máquina de generar *clicks*, orgasmos y suscripciones. Bajo el régimen neoliberal, el sexo ha dejado de ser un ámbito íntimo o marginal para convertirse en un sector económico de pleno derecho, con modelos de negocio, segmentación de audiencias y estrategias de optimización. Prostitución y pornografía ya no pueden entenderse como prácticas periféricas ni como desviaciones culturales, sino como industrias plenamente integradas en el sistema capitalista global, dotadas de estructuras organizativas, segmentaciones de mercado y modelos de rentabilidad. En tanto sectores económicos, estas formas de trabajo sexual movilizan capitales, generan empleo y, sobre todo, producen cuerpos, deseos y afectos como categorías fungibles. Se trata, en suma, de una reorganización completa del régimen de la sexualidad bajo criterios de rendimiento y consumo.

Esta matriz no sólo estructura las formas en que el placer es experimentado y organizado, sino que también regula y explota el cuerpo como fuerza de trabajo, ya no en términos marxianos, sino sexuales. Así, las industrias de la prostitución y la pornografía operan bajo los mismos principios que otros sectores productivos: generan oferta y demanda, desarrollan modelos de gestión empresarial, segmentan públicos objetivos y optimizan recursos para maximizar beneficios. Las industrias del sexo —incluidas la prostitución física,

la pornografía digital, las plataformas de contenido erótico personalizado y las variantes del trabajo sexual en línea— operan bajo principios empresariales estandarizados. Los cuerpos que participan en este sistema son etiquetados, clasificados y distribuidos en función de criterios técnicos: edad, raza, género, complejión, nacionalidad, orientación sexual, prácticas específicas. Esta fragmentación del deseo, que responde a una lógica de nicho y personalización del consumo, algoritmiza la vida sexual, generando patrones de excitación segmentados y optimizados.

Del mismo modo, la pornografía ha adoptado modelos organizativos y narrativos que trascienden el acto sexual como mera transacción; el cliente no consume simplemente sexo, consume un “encuentro” configurado narrativamente, una experiencia erótica que implica afecto simulado, conversación, *roleplay* y una ilusión de intimidad, siempre por medio de soportes y formatos cotidianos: hoy, cualquier lugar puede devenir *pornotopía*. El sexo es apenas una parte del todo que se consume; el resto pertenece a una esfera afectiva cuidadosamente construida para producir valor económico así como fidelización por parte del cliente. Esta dinámica revela un fenómeno crucial: la mercantilización no solo del cuerpo, sino del afecto y la subjetividad. En este contexto, el trabajo sexual representa una forma paradigmática de subjetividad neoliberal: la trabajadora sexual —ya sea prostituta, escort, actriz porno o creadora de contenido— gestiona su cuerpo como empresa, optimiza su imagen como marca y convierte su vida íntima en un producto rentable. Esta figura del emprendedor del cuerpo encarna el ideal neoliberal, en el que cada individuo es responsable de su éxito económico mediante la monetización de su deseo y visibilidad. Conviene, entonces, profundizar en la paradoja del neoliberalismo sexual: si bien promueve la idea de autonomía, esta está inscrita en un régimen de autoexplotación: «Estamos equipados tecnobiopolíticamente para follar, reproducirnos o controlar técnicamente la posibilidad de la reproducción. Vivimos bajo el control de tecnologías moleculares, de camisas de fuerza hormonales destinadas a mantener las estructuras de poder de género» (2020b: 89). Y es que el individuo contemporáneo es interpelado como empresario de sí mismo, como gestor de su excitación:

Actores porno, putas, transgéneros, anarco-*queer*, productores, traficantes y consumidores de drogas ilegales habitan culturas diferentes, pero todos ellos son utilizados como laboratorios vivos de producción de subjetividad. Todos ellos tienen en común el hecho de que venden, compran o acceden a sus biocódigos como propiedad farmacopornolítica (2020b: 281).

Este hecho desvela la tensión entre la aparente liberación sexual y las nuevas formas de normatividad y coacción que operan bajo la lógica del mercado. En este sentido, la experiencia del placer contemporáneo no solo está atravesada por dispositivos externos de poder, sino que internaliza sus lógicas hasta el punto de convertir al propio sujeto en vigilante y gestor de su excitación; en panóptico de su propia sexualidad.

La línea que separa la prostitución de la pornografía se difumina progresivamente. En ambos casos, el cuerpo es puesto al servicio de un consumo sexualizado, y en ambos contextos se exige una labor performativa: actuar el deseo, construir un personaje, sostener una narrativa que debe convencer y excitar. Así, la pornografía no es menos prostitución por el hecho de intermediarse mediante una cámara: la exposición del cuerpo y su circulación en el mercado cumplen los mismos fines de producción de valor. La crítica de Paul B. Preciado a la pornotopía permite ampliar este análisis al terreno cultural, visual y arquitectónico. En su obra homónima, e inspirado en la noción foucaultiana de heterotopía, Preciado define la pornotopía como un “espacio otro” donde se yuxtaponen categorías incompatibles: lo privado y lo público, lo doméstico y lo industrial, lo íntimo y lo performativo. Esta estructura se extiende a todos los espacios donde el deseo se escenifica y se monetiza: «El cuerpo y la sexualidad, producidos y representados por las tecnologías visuales y de la comunicación, se ven también convertidos en dígito, al mismo tiempo información, valor y número» (2020b: 195). Desde esta perspectiva, el cuerpo abandona su dimensión de soporte físico para devenir dispositivo económico-informacional. La pornografía, entonces, no construye simplemente imágenes: construye entornos simbólicos y arquitecturas de control que articulan ideológicamente la normatividad sexual —con su consecuente mandato heterosexual— y la jerarquización de cuerpos. La pornotopía es, por tanto, una condición cultural en la que la sexualidad es organizada según los parámetros de un dispositivo industrial, donde el deseo es formateado para el consumo. Esta lógica no desaparece con la irrupción de la pornografía *amateur* o *queer*, sino que, muy al contrario, se intensifica. Las plataformas digitales ofrecen la ilusión de autonomía, pero en realidad reproducen —y a menudo refuerzan— las mismas exigencias de espectacularización del yo y rentabilidad afectiva. En esta economía visual, incluso las propuestas que se presentan como alternativas, véase pornografía feminista, ética o disidente, pueden quedar atrapadas en las mismas lógicas que el porno *mainstream*. En este sentido, la pornotopía es menos un lugar y más una forma de organización del deseo, una “ficción estructurante” que transforma la sexualidad en contenido digital y el placer en coreografía repetible.

Podemos afirmar que la pornografía contemporánea no escapa al mercado: lo habita y lo intensifica, instaurando un modelo performativo de deseo en el que la exposición y la rentabilidad reemplazan la alteridad y la experiencia erótica genuina. En este mercado erótico, no hay cuerpos neutrales. La mercantilización no solo cosifica los cuerpos, sino que los ordena jerárquicamente según su capacidad de generar deseo bajo nuevas coordenadas: las del exotismo y la transgresión controlada. Cuerpos racializados, feminizados, *queer*, trans o gordos son integrados como “novedades” o “fetiche” dentro del catálogo del deseo, pero bajo una lógica de espectacularización y consumo. No se trata de inclusión, sino de asimilación mercantil de la diferencia. Christo Casas señala, en *Maricas malas* (2023), cómo esta lógica de mercado también captura y redirige las disidencias sexuales; las identidades marginalizadas no escapan al proceso de mercantilización, sino que son incorporadas como exóticos productos, estetizados para ser consumidos: «ya no solo éramos un nicho de mercado, deveníamos en un nicho de mercado libre de estigma que multiplicaba así las posibilidades de explotación: acceso a toda la oferta diseñada por y para familias, una veta infinita de dinero rosa» (2023: 45). Lejos de representar una ruptura con el sistema, la hipervisibilidad de estos cuerpos en plataformas pornográficas o en la prostitución digitalizada funciona como válvula de integración del deseo disidente en el circuito neoliberal, donde incluso lo subversivo es absorbido y capitalizado en un «proceso de gaytrificación» (2023: 61) en el que identidades disidentes se desprenden de la diferencia para adoptar la “normalidad”.

3.2. El sexo en la era digital

Le encantaba tenerlo ahí, sabiendo todo.

Schweblin, *Kentukis*

La digitalización no ha liberado la sexualidad: la ha reorganizado. En la actualidad, el sexo ya no transcurre únicamente en los cuerpos, sino también en los dispositivos. Una infinidad de plataformas pornográficas no han bastado para satisfacer la demanda; incluso aplicaciones de mensajería como *Snapchat*, *Twitter*, *Telegram* o *WhatsApp* han habilitado nuevas formas de intercambio sexual mediatizado, en las que el contacto físico ha sido sustituido por la transmisión de imágenes, mensajes, clips y simulacros de intimidad. Pero más allá de su dimensión técnica, la digitalización ha generado una transformación profunda

en las formas de temporalidad y deseo: ha instaurado una cultura del *fast sex*, donde el erotismo se mide en tiempo de carga, atención sostenida y disponibilidad inmediata.

Atendiendo de nuevo a Han, habitamos «en la época del quickie, del sexo de ocasión y distensión» (2014: 23); esta lógica del “*quickie*” digital responde a la estructura acelerada de la economía contemporánea. Las aplicaciones para ligar, los sitios porno gratuitos y las plataformas de trabajo sexual digitalizado promueven una relación con el sexo basada en la acumulación de estímulos y la gratificación instantánea. Deslizar, hacer clic, pagar por una imagen o abrir un enlace: todo ello responde al modelo de consumo inmediato. Este sistema altera no sólo la manera en que se accede al sexo, sino también cómo se lo concibe, ya no como un proceso, sino como un servicio rápido, eficiente y descartable. En este entorno, el cuerpo se presenta como interfaz, y el deseo como dato transaccional. La producción de contenido sexualizado se ha expandido más allá del trabajo sexual profesional: adolescentes, parejas y usuarios comunes participan hoy de esta lógica, generando contenido erótico para intercambiar, archivar o incluso monetizar, muchas veces sin plena conciencia de las implicaciones emocionales o legales de dicha exposición. Así, el sexo digital no es sólo una práctica marginal o profesional: se ha convertido en parte estructural de las interacciones cotidianas, especialmente en generaciones socializadas desde siempre con pantallas. Este fenómeno ha provocado una mutación en las formas tradicionales de la prostitución. El cuerpo que antes era requerido en el espacio físico ahora es solicitado en el espacio visual. Ya no hace falta “salir a la calle”: basta con encender la cámara. El cliente no necesita desplazarse ni exponerse: el deseo se ejecuta en la seguridad de la pantalla, reforzando un modelo de consumo higiénico, eficiente, sin implicación afectiva. La prostitución se atomiza, se descentraliza y, en apariencia, se desmaterializa. Pero en esta “virtualización” del encuentro sexual no desaparecen las lógicas de poder; simplemente se actualizan bajo nuevas formas: vigilancia algorítmica, exigencia de conectividad constante, ansiedad por mantenerse visible.

Esta lógica de exposición-descontrol, anonimato y deseo hipermediado está ficcionalizada con gran agudeza en la novela *Kentukis* (2018), de Samanta Schweblin. Allí, los kentukis —dispositivos tecnológicos con forma de peluches que permiten a desconocidos habitar visualmente la vida privada de otras personas— funcionan como metáfora precisa de la economía del deseo digital: una interfaz que habilita la vigilancia emocional, el erotismo difuso y la transformación de la intimidad en espectáculo. La autora construye un universo donde lo erótico no se genera únicamente por contacto, sino por observación silenciosa, por poder unidireccional, por sugestión. El kentuki es una presencia que ve, que sigue, que

acompaña, que desea sin cuerpo y sin consentimiento explícito. En uno de los pasajes más inquietantes, una de las protagonistas busca conscientemente activar ese vínculo erótico con el kentuki que la observa: «¿Había realmente tanta gente cogiendo con kentukis? ¿Podía hacerse una cosa así?» (2025: 106). Esta pregunta, formulada desde la incredulidad, encierra una verdad incómoda: la sexualidad ya no se define por el encuentro entre cuerpos, sino por la posibilidad de activar deseo a través de dispositivos, pantallas, interfaces maquinizadas. Schweblin visibiliza el modo en que la hiperconexión y la disponibilidad total del otro pueden convertirse no solo en formas de erotismo, sino también en nuevas formas de sometimiento. La escena se vuelve aún más perturbadora cuando el kentuki —controlado por un usuario anónimo— es deliberadamente integrado a una experiencia sexual: «Se arrodilló en el piso y dejó que el kentuki se acercara [...] Tampoco se le había ocurrido buscar porno con kentukis. Abrió el explorador y buscó ‘porno’, ‘viejo’, ‘pija’, ‘kentuki’. Obtuvo más de ochocientos mil resultados» (2025: 107-108). Aquí, el deseo digitalizado se vuelve plenamente fetichista: el kentuki se convierte en objeto erótico, en intermediario para la masturbación o el juego sexual, en extensión corporal del que mira. La protagonista no siente que esté quebrando ningún pacto de intimidad; por el contrario, se percibe tan poderosa como el otro porque ambos operan desde el anonimato. Esta simetría aparente ilustra con crudeza uno de los dilemas contemporáneos del sexo digital: la confusión entre libertad y vigilancia, entre consentimiento y exposición programada. Más adelante, Schweblin refuerza esta lógica con una escena que bordea el surrealismo distópico: kentukis que llevan escritos mensajes explícitos, mientras se mueven erráticamente sobre círculos con comandos de deseo: «El piso estaba cubierto de círculos de plástico violetas [...] cada círculo contenía una palabra: ‘tócame’, ‘sígueme’, ‘quiereme’, ‘dona’, ‘foto’, ‘compartir’ [...] Parecía haber tanta gente como kentukis» (2025: 174-175). La coreografía de los kentukis sobre esas órdenes impresas —al mismo tiempo comando y oferta— representa una coreografía del deseo neoliberal: cuerpos sin rostro que se mueven al ritmo de mandatos algorítmicos, sujetos a una gramática de la excitación compulsiva. Es la estetización del consentimiento automático, donde el erotismo ya no se negocia, se selecciona y se ejecuta. Kentukis no propone una distopía futurista: representa con fidelidad el presente. El poder de la novela reside precisamente en revelar cómo la tecnología ya ha colonizado los afectos, reorganizado la intimidad y pervertido los mecanismos tradicionales del deseo. El kentuki, como objeto narrativo, simboliza la fetichización del otro en su forma más pura: el otro como interfaz deseante y excitante. En este sentido, la obra dialoga de manera directa con las dinámicas contemporáneas del sexo digital. Si en *OnlyFans* el cuerpo se convierte en contenido y el

deseo en suscripción, en Kentukis el deseo es todavía más inquietante: no necesita ni cuerpo ni rostro. Solo necesita estar ahí, mirando. Un placer sin rostro, una vigilancia erotizada. Una conexión sexual bajo anonimato y sin garantía de consentimiento ni reciprocidad.

Este nuevo paisaje digital también ha dado lugar a formas renovadas de violencia. La sextorsión, la filtración no consensuada de contenido íntimo, la difusión de imágenes sin consentimiento y el acoso digital representan formas de agresión específicas de esta etapa. La hiperconectividad ha generado un circuito informal de circulación de cuerpos desnudos, donde las fronteras entre lo íntimo y lo público se disuelven y la noción de privacidad se erosiona. Muchas veces, el cuerpo digitalizado queda atrapado en bases de datos, grupos cerrados, plataformas piratas o redes anónimas que operan al margen de cualquier regulación. La víctima pierde el control sobre su imagen, mientras el sistema permite que esa exposición sea replicada sin límites. Paralelamente, se impone un fenómeno contradictorio: la digitalización de la sexualidad convive con un sistema moral profundamente incoherente. Redes como *Instagram* o *TikTok* censuran pezones, vello corporal, cuerpos gordos o disidentes bajo supuestas “normas comunitarias”, mientras los motores de búsqueda ofrecen libre acceso a pornografía mainstream —frecuentemente violenta, racializada o hipersexualizada— sin ningún tipo de mediación crítica. La moral algorítmica combina censura puritana con liberalismo pornográfico, prohibiendo el desnudo político pero permitiendo el desnudo comercial. De este modo, lo que se sanciona no es la exposición del cuerpo, sino su no alineación con los valores del mercado.

En este clima, el acceso temprano a contenido sexual se produce en un vacío educativo alarmante. Para millones de adolescentes, la pornografía se ha convertido en la principal —y muchas veces única— fuente de educación sexual. Esta pornografía, sin embargo, no enseña consentimiento, negociación, reciprocidad ni afectividad. Al contrario: instala un modelo de sexualidad basado en la dominación, el rendimiento y la estética estandarizada del placer masculino. Este aprendizaje no solo moldea el deseo, sino también las expectativas, la autoestima corporal, la noción de relación y el modo en que se concibe el propio cuerpo como objeto deseable o disponible. A diferencia de los discursos que celebran la digitalización como forma de empoderamiento sexual o democratización del deseo, los datos empíricos y los relatos subjetivos revelan un panorama más complejo: autoexplotación emocional, ansiedad por visibilidad, consumo compulsivo, violencia simbólica, normalización de lo no consentido. En lugar de cuestionar la normatividad sexual, el ecosistema digital tiende a replicarla en nuevas formas: algoritmos que favorecen cuerpos

delgados, blancos, cis; plataformas que premian el contenido “deseable” y penalizan la diferencia.

Asimismo, resulta urgente señalar la proliferación —y normalización— de categorías pornográficas profundamente problemáticas, cuyas búsquedas y visualizaciones masivas revelan no solo una estética del deseo moldeada por el mercado, sino una ética del deseo profundamente corrompida. Prácticas ficcionales como relaciones con madrastras, hermanastras o figuras de autoridad feminizada —por no hablar de representaciones que rozan o insinúan la pedofilia, el incesto, la violación o el sexo con animales— conforman un repertorio de fantasías que el sistema no solo no regula, sino que promueve bajo la lógica del clic, el algoritmo y la monetización de lo extremo. Estas categorías, lejos de ser anecdóticas o marginales, ocupan los rankings de consumo global. El problema no es solo su existencia, sino su banalización: su circulación masiva genera una naturalización simbólica de relaciones de poder violentas y transgresiones éticas profundas, especialmente entre audiencias jóvenes sin herramientas críticas para interpretar lo que consumen. La lógica de la visibilidad ilimitada y la escalada de estímulo constante produce una demanda de contenidos cada vez más extremos, en los que el deseo es deformado hasta volverse indistinguible de la coacción, el tabú o la violencia disfrazada de ficción. Este fenómeno exige ser pensado no desde la moral punitiva, sino desde una ética radical del deseo que ponga en cuestión qué tipo de sexualidades estamos consumiendo, construyendo y transmitiendo bajo el disfraz de la libertad digital.

4. Impacto social: cuerpo y subjetividad

4.1. Alienación y deshumanización de los cuerpos sexualizados

Disuisión de toda potencialidad real, [...] por saturación y obscenidad, por abolición de la distancia entre lo real y su representación.

Baudrillard, *Cultura y simulacro*

En el marco de una economía libidinal neoliberal, los cuerpos sexualizados ya no remiten a sujetos concretos, sino a imágenes intercambiables que operan dentro de un régimen de simulación. La alienación contemporánea no se define únicamente por la separación entre el trabajador y su producto, como lo hacía el marxismo clásico, sino por la fractura entre el cuerpo y su representación, entre la carne y su imagen codificada en bucles

infinitos de exposición. La sexualidad, lejos de ser un espacio de experiencia vivida, deviene una coreografía visual repetitiva al servicio de una demanda hiperreal, donde el deseo se organiza en torno a simulacros sin referente.

Jean Baudrillard describe este fenómeno como la desaparición de lo real en favor de su copia infinitamente reproducida: «La simulación no corresponde a un territorio, a una referencia, a una sustancia, sino que es la generación por los modelos de algo real sin origen ni realidad: lo hiperreal» (1978: 7). En este sentido, los cuerpos sexualizados en la industria del sexo —ya sea pornografía, prostitución digital o trabajo de cámara— no representan personas, sino matrices estéticas producidas para encajar en un catálogo de consumo. Se trata de una economía de la repetición en la que cada gesto y orgasmo está cuidadosamente prefigurado por las lógicas del algoritmo y el marketing. Este régimen de simulacro opera una deshumanización estructural: el cuerpo pierde su densidad existencial para devenir interfaz de excitación ajena. No es ya el cuerpo quien desea o es deseado, sino su representación, prefigurada por los parámetros del mercado y sostenida por la lógica de la hiperexposición. Baudrillard advierte que

lo real aparece como más verdadero que lo verdadero, como demasiado real para ser verdadero. Todos los media y la información tienen como tarea hoy en día producir [...] ese real, ese añadido de real. Hay demasiado, se cae en lo obsceno y lo porno. Una especie de zoom como en el porno nos aproxima demasiado de lo real, que nunca existió, no tuvo nunca sentido más que a una cierta distancia. [...] La hiperrealidad pone fin al sistema de lo real, pone fin a lo real como referencial exaltándolo como modelo (1978: 104-105).

La pornografía contemporánea es paradigmática en este sentido: al eliminar cualquier ambigüedad, distancia o misterio, disuelve la alteridad y convierte el cuerpo en una superficie lisa, completamente legible, sin secretos ni zonas oscuras. Esta lógica de transparencia total no ilumina al sujeto, sino que lo borra. Desde esta perspectiva, la deshumanización no se limita a la violencia física o simbólica ejercida sobre los cuerpos sexualizados, sino que se manifiesta en la disolución de su subjetividad: el cuerpo es reducido a signo funcional, y el sujeto es subsumido bajo una demanda incesante de performatividad. Ya no hay erotismo, solo producción de efectos excitatorios. Esta es una forma radical de alienación: no sólo el sujeto está separado de su imagen, sino que dicha imagen lo reemplaza. Así, el “cuerpo deseable” deja de pertenecer a quien lo habita, convirtiéndose en propiedad circulante del espectador.

La deshumanización no sólo consiste en la cosificación del cuerpo como objeto sexual; es también un proceso de reificación total, en el que el sujeto desaparece detrás del signo que lo representa. En las prácticas sexuales comercializadas, el cuerpo se convierte en pura funcionalidad visual y afectiva, un mecanismo de excitación desvinculado de toda subjetividad. En este régimen, no importa quién desea, ni siquiera qué se desea: importa qué puede provocar más interacciones por parte del usuario consumidor. Así, el cuerpo ya no vale por su singularidad, sino por su capacidad de cumplir una función prefijada en la cadena de consumo libidinal. Esta reificación extrema implica una anulación de la interioridad. El cuerpo ya no expresa ni comunica: sirve. Se vuelve un dispositivo performativo que debe producir placer o fantasía para otros, sin necesidad de mediación afectiva ni ética. Tal como advertía Marx en su teoría de la alienación, cuando el trabajador se ve reducido a productor de valor para otros, pierde su esencia humana². En la industria del sexo, esta lógica se radicaliza: el sujeto no solo produce con su cuerpo, sino que su cuerpo mismo es lo que se produce, se vende, se negocia, se adapta o se recicla según la demanda. En este escenario, la diferencia entre un cuerpo y un objeto material se desdibuja. La estética dominante del porno, por ejemplo, ofrece cuerpos estandarizados, editados, expuestos en posiciones repetitivas, encuadres calculados y gestos codificados. No hay expresión individual: hay cumplimiento de función. Como señalaba Baudrillard, lo que circula no es ya el cuerpo real, sino su simulacro hiperreal, su doble funcional, sin densidad ni contradicción. Esta imagen es tan pulida y saturada de signos que suprime todo resto de humanidad: no hay ambigüedad ni deseo propio. El proceso de deshumanización se consuma cuando el espectador deja de registrar que aquello que consume es, contra todo pronóstico, una persona. La lógica de la interfaz refuerza esta disociación: en lugar del rostro del otro, hay una pantalla; en lugar del cuerpo, una superficie sobre la que proyectar deseo; en lugar de una historia, una categoría. Y esa mediación tecnológica, visual y conceptual anestesia la empatía: el otro ya no opina, desea o niega: el otro no interpela, solo responde o se desconecta. Esta deshumanización no solo afecta a quienes se exponen, sino también a quienes consumen. La habituación a cuerpos sin subjetividad produce un entorpecimiento afectivo generalizado: se normaliza la indiferencia, se erotiza la violencia y se convierte el placer en automatismo. Se educa el deseo desde el anonimato y el desapego. En lugar de relaciones, hay estímulos; en lugar de

² Aquí se materializa también la expropiación de valor que Illouz describe en términos marxianos: «Esta apropiación del cuerpo femenino sexualizado constituye una expropiación de valor en el sentido marxiano: una clase —los hombres— extrae valor del cuerpo perteneciente a otra clase —las mujeres—» (2012: 149).

erotismo, compulsión; en lugar de encuentro, catálogo. La humanidad del otro ya no es relevante, basta con que excite.

4.2. La sexualidad despersonalizada en la era del consumo

¿Hay palabras para todo el silencio que vendrá?

Ojeda, *Nefando*

Con todo, el sexo ha perdido progresivamente su dimensión de encuentro para convertirse en una experiencia funcional y despersonalizada. En lugar de vínculos, hay interfaces; en lugar de afecto, hay secuencias de estimulación. Esta mutación de la sexualidad obedece a las lógicas del consumo: rapidez, eficiencia, descartabilidad y satisfacción inmediata. En este contexto, el deseo ya no se construye en relación con el otro, sino como respuesta a un catálogo de estímulos visuales que deben producir efectos rápidos y cuantificables. La estetización del sexo bajo parámetros de productividad genera una nueva norma erótica: el placer se transforma en tarea, y el cuerpo en superficie de rendimiento durante la misma. La sexualidad se vive entonces como una secuencia aprendida y ejecutada desde modelos externos —frecuentemente tomados del porno, la publicidad hipercapitalista o las redes— donde el otro es menos un interlocutor que un soporte. Lo que se pierde en este esquema es la posibilidad misma de la singularidad. El tiempo del deseo —la espera, el misterio, la vulnerabilidad, la torpeza— es expulsado del imaginario sexual por ineficiente. El placer se mide, se entrena y se representa; ya no se habita. El sexo deja de ser lenguaje entre cuerpos y se convierte en automatismo. Se trata de una sexualidad mimética: se repite lo que se espera que guste y se representa lo que se presupone excitante. En este marco, el sujeto no desea desde sí, sino que activa su deseo desde el afuera. Esta despersonalización impacta de manera directa en la subjetividad. La sexualidad se vive como escena, pero no como experiencia. El otro desaparece como sujeto y se vuelve estímulo y servicio. La ansiedad relacional, la desvinculación afectiva, el *ghosting*, la incapacidad para sostener la intimidad o incluso para desear sin representación son síntomas de este proceso. El goce se automatiza, y el deseo se vuelve gestión. En lugar de erotismo compartido, hay consumo sincronizado.

En este contexto, la literatura puede ofrecer espacios de reflexión donde la lógica del deseo contemporáneo aparece descompuesta y llevada al extremo. En *Nefando* (2016), de Mónica Ojeda, el mundo de los afectos y del cuerpo ha sido colonizado por lógicas digitales

que anulan toda experiencia relacional. El videojuego que da título a la novela —un entorno virtual en el que se reproducen escenas de abuso y degradación— no representa únicamente el horror, sino también la saturación de imágenes y la desaparición del otro como sujeto. Un personaje lo describe así: «La nada ocurría todo el tiempo, repetida en loop, porque Nefando no estaba hecho para complacer a nadie a excepción de sus creadores» (2016: 81). Este bucle del vacío ficcionaliza lo que ocurre en muchas prácticas sexuales contemporáneas: repetición sin encuentro, excitación sin vínculo y deseo sin alteridad. Otro jugador, enfrentado a la escena, escribe: «He optado por la inacción porque esto, ahora lo sé, no es un juego. Soy un observador de los fenómenos que se me presentan» (2016: 125). El sexo, en este contexto, ha dejado de ser diálogo; se ha convertido en contemplación silenciosa, en gesto sin respuesta, en interacción unidireccional donde la pasividad del otro es parte del guion. El usuario observa, quizás se asusta, pero permanece; no hay salida, solo queda la repetición. Más aún, la novela pone en crisis la frontera entre representación y realidad. «Para mí no hay nada más real en este puto mundo que las representaciones que hacemos de él» (2016: 75), afirma uno de los diseñadores del juego. Esta declaración da cuenta de una de las tensiones centrales de la cultura pornográfica contemporánea: la verdad ya no es lo que ocurre, sino lo que puede ser visualizado mediante la reproducción de modelos ciertamente impuestos. Lo real, entonces, pierde su densidad, y el cuerpo —convertido en signo— circula sin historia. Nefando no es un reflejo directo de la realidad, pero sí un espejo distorsionado que nos permite ver lo que muchas prácticas sexuales actuales prefieren silenciar: que detrás del acceso ilimitado al placer se esconde un modelo de deseo que ya no necesita del otro como sujeto. Un modelo donde el cuerpo es un medio, el goce ha sido mecanizado, y el vínculo reemplazado por secuencias precocinadas.

5. (Des)estigmatización de los cuerpos sexualizados

5.1. El estigma social hacia los cuerpos sexualizados

En un contexto donde la sexualidad se ha integrado plenamente al mercado, persiste sin embargo un discurso moralizante que marca y excluye a los cuerpos que participan abiertamente de este sistema económico. El estigma social hacia los cuerpos sexualizados no ha desaparecido con la expansión de la pornografía ni con la aparición de nuevas plataformas. Al contrario: se ha reconfigurado, adaptándose a los nuevos formatos tecnológicos sin perder su capacidad de violencia simbólica y material. El estigma no se limita a una mirada

conservadora sobre el sexo, sino que opera como un dispositivo de regulación social que determina qué cuerpos pueden mostrarse, ser deseados, rentables, y cuáles deben ser corregidos u ocultados. Se activa especialmente sobre los cuerpos feminizados, trans y racializados, revelando su arraigo estructural. A la vez, se tolera —e incluso se erotiza— la figura de la influencer que coquetea con el contenido erótico, siempre y cuando lo haga desde una estética blanqueada, *fitness*, bien iluminada y rentable. Pero el estigma reaparece con fuerza cuando el cuerpo escapa a esos márgenes: cuando es gordo, migrante, trans, pobre, o cuando no puede estetizar su erotismo. En este marco, la doble moral es evidente: se condena a quien exhibe o vende su cuerpo, pero se consumen sus imágenes sin oposición alguna. Se desea el cuerpo sexualizado en la pantalla, pero se repudia en la vida real. Se erotiza la figura de la trabajadora sexual, pero se le niega respeto, escucha o legitimidad. Esta contradicción produce una escisión simbólica: el cuerpo sirve como fuente de placer, pero no como sujeto social. El deseo y la exclusión coexisten sin conflicto.

El estigma se vuelve más perverso cuando se interioriza. Muchas personas que trabajan en la industria del sexo —tanto presencial como digitalmente— desarrollan estrategias para dividir sus identidades: crean alias, ocultan su actividad a familiares o parejas, y cargan con la culpa o la ansiedad de no poder hablar abiertamente de lo que hacen. La idea de que el cuerpo propio es “menos legítimo” al ser sexualizado no desaparece con la monetización. La vergüenza se vuelve un mecanismo de control afectivo que, en muchos casos, lleva al aislamiento y a la precariedad subjetiva. Además del plano simbólico y emocional, el estigma tiene efectos institucionales concretos: las trabajadoras sexuales son más vulnerables a la violencia policial, al abuso médico o a la discriminación en espacios educativos o laborales. El estigma justifica la exclusión: quien se expone “sabe a lo que se atiene”. Esta lógica desplaza la responsabilidad hacia el sujeto estigmatizado, negando la estructura que sostiene esa exclusión. Así, se perpetúa un sistema en el que se puede desear al otro sin reconocerlo como igual. Los medios de comunicación y las narrativas culturales refuerzan estos discursos. Las representaciones de trabajadoras sexuales en el cine, la televisión o las redes sociales tienden a reproducir estereotipos estables: víctimas pasivas, criminales, mujeres “rotas” o figuras hipersexualizadas sin voz propia. Incluso cuando se intenta una mirada más compleja, muchas veces se cae en la romantización o el fetichismo. En paralelo, cuando ocurren filtraciones de contenido íntimo o situaciones de sextorsión, la figura culpabilizada suele ser la mujer que produjo el material, no quien lo difundió sin consentimiento.

El estigma también funciona como barrera para la organización política y la demanda de derechos. Muchas trabajadoras sexuales enfrentan obstáculos para reconocerse como tales, formar redes de apoyo o acceder a protección legal. La etiqueta de “puta” impide el tránsito hacia una voz política legítima. El estigma no sólo actúa sobre los cuerpos, sino también sobre las posibilidades de existencia pública y resistencia colectiva. Este no ha sido erradicado por la digitalización del deseo, sino que se ha reconfigurado en nuevas formas más sutiles, más estéticas, pero igualmente excluyentes. Se permite el goce siempre que no desborde los márgenes asignados. Se celebra la liberación sexual mientras se criminaliza su uso económico. Se idealiza la autonomía, pero se castiga a quienes hacen del cuerpo una herramienta de subsistencia. En este marco, el estigma funciona como un dispositivo de frontera que separa lo visible de lo respetable, el deseo de la dignidad y, en última instancia, el cuerpo del derecho.

5.2. La normalización de las prácticas sexuales comercializadas

Paralelamente a la persistencia del estigma, se ha producido en las últimas décadas un fenómeno aparentemente contradictorio: la creciente normalización de las prácticas sexuales comercializadas. El trabajo sexual —especialmente en sus versiones digitalizadas— ha dejado de estar confinado a los márgenes de la vida social para convertirse en contenido cotidiano, estética aspiracional e incluso objeto de reivindicación política. Esta normalización no ha supuesto, sin embargo, una verdadera desestigmatización. Lo que se ha integrado al imaginario colectivo no son los cuerpos históricamente expulsados, sino ciertas formas codificadas, estetizadas y rentables de sexualidad.

Uno de los motores principales de esta normalización es la estetización del trabajo sexual en redes sociales, especialmente a través de plataformas como OnlyFans o sitios web de *camming*. Las trabajadoras sexuales aparecen ahora como figuras públicas con seguidores, estrategias de marca personal y presencia en medios. La exposición del cuerpo ya no se presenta necesariamente como vulnerabilidad, sino como forma de agencia visual: iluminación cuidada, cuerpos normativos, narrativa política de empoderamiento. Esta transformación convierte el trabajo sexual en un gesto estético: una forma de autopresentación que se funde con la cultura *influencer* y los discursos del emprendimiento. Pero esta estetización está marcada por la clase; no cualquier cuerpo puede ser convertido en contenido aceptable. Se celebra la figura de la “creadora de contenido erótico” si está asociada al consumo, al estilo de vida, al capital cultural. En cambio, la prostitución callejera,

el sexo transaccional precarizado o las prácticas ejercidas por cuerpos no hegemónicos siguen siendo condenadas e invisibilizadas. La normalización es parcial, fragmentaria, regida por criterios funcionales: incorpora lo deseable, sigue expulsando lo incómodo.

Otro ejemplo paradigmático de la suavización de las prácticas sexuales es el fenómeno de los *sugar daddies* y las relaciones económicas-asistidas entre hombres mayores y mujeres jóvenes. A través de plataformas especializadas o redes sociales, se promueve una forma de intercambio que disfraza la lógica prostituyente bajo la narrativa del “beneficio mutuo”, los regalos, los viajes o el acceso a un estilo de vida elevado. Estas relaciones, aunque operan bajo códigos de clase media y lenguaje afectivo, reproducen la misma estructura desigual de poder y dependencia económica que define a la prostitución tradicional. El trabajo sexual también se normaliza a través de una retórica de empoderamiento individual, profundamente alineada con los valores del neoliberalismo. El discurso de la elección (“yo decido”, “yo controlo mis tarifas”, “yo pongo los límites”) reemplaza la pregunta estructural por una lógica de agencia personal. Se celebra a quien monetiza su cuerpo como una mujer libre, capaz de usar el sistema a su favor. Pero este relato —aunque válido para muchas experiencias— invisibiliza las condiciones de precariedad, competencia, exposición permanente y autoexplotación emocional que afectan a muchas trabajadoras sexuales, especialmente aquellas con menor capital social o económico. La normalización también se ve impulsada por la cultura pop y los medios, que presentan personajes —reales o ficticios— que integran el trabajo sexual a su identidad pública: actrices porno con discursos feministas, raperas que cantan sobre su cuerpo como capital o series como *Euphoria* (2019) o *The Idol* (2023), que tematizan el sexo como contenido bajo estéticas naífs o glamorizadas, desactivando toda dimensión crítica. Estas representaciones, aunque pueden ampliar satisfactoriamente el imaginario y generar identificación, también corren el riesgo de banalizar la experiencia y estetizar el trauma o la violencia estructural.

En este contexto, lo que se ha normalizado no es el trabajo sexual en su complejidad, sino su versión más higienizada, estética y rentable. Se ha vuelto aceptable el contenido sexual que puede ser consumido sin culpa, compartido sin conflicto o posibilidad de generar incomodidad social. Se acepta la sexualización, pero no la fragilidad; se celebra la agencia, pero se ignora la vulnerabilidad. La normalización, así entendida, es más una estrategia de mercado que un proceso de justicia cultural. Esta aceptación selectiva convive con una jerarquía moral invisible. Una actriz de *OnlyFans* con estética de *influencer* es percibida como empoderada; una prostituta de barrio sigue siendo tratada como cuerpo descartable. El acceso a la normalización está mediado por la clase, la raza, la estética y la performatividad

del deseo. No todos los cuerpos sexualizados son legitimados. La sexualidad vendible sí, pero no cualquier sujeto que la ejerza. En suma, la normalización de las prácticas sexuales comercializadas no ha desmantelado el estigma, solo lo ha desplazado. Mientras ciertas figuras se integran al paisaje visual contemporáneo con *glamour* y capital, otras siguen siendo expulsadas o castigadas. El deseo circula, pero no siempre libera; el cuerpo se muestra, pero no siempre se reconoce. En este nuevo régimen, la sexualidad puede ser negocio, pero no necesariamente derecho.

6. Reflexión final

La investigación desarrollada a lo largo de estas páginas surge como resultado de una formación académica en Lengua y Literatura Españolas que ha permitido no solo el desarrollo de competencias analíticas y hermenéuticas, sino también la activación de una sensibilidad crítica capaz de articular discursos complejos desde una perspectiva interdisciplinar. A lo largo del grado, los encuentros con la teoría literaria, la filosofía, la historia cultural y los estudios del cuerpo han configurado una manera de pensar que no separa los fenómenos simbólicos de sus condiciones materiales ni las ficciones de los regímenes de poder que las atraviesan. En este sentido, el análisis propuesto no se reduce a una lectura temática sobre el sexo o la prostitución, sino que se inscribe en una investigación más amplia sobre los modos contemporáneos de subjetivación, afectividad y performatividad en el contexto neoliberal. La intención de este trabajo no ha sido, en ningún momento, emitir un juicio moral sobre las prácticas sexuales comercializadas, ni condenar a quienes participan de ellas, ni celebrar de forma acrítica su existencia. El enfoque aquí adoptado parte del convencimiento de que tales prácticas no deben entenderse en términos individuales, sino como expresiones sintomáticas de un orden estructural mayor que moldea e infiltra la vida cotidiana sin necesidad de imponer. La mercantilización del cuerpo, la estetización del deseo y la transformación del placer en rendimiento no son simplemente decisiones personales, sino efectos de un entramado económico, mediático y cultural que produce cuerpos visibles, sexualidades deseables y formas legítimas de goce.

Desde esta perspectiva, la literatura y otras manifestaciones artísticas funcionan como espacios privilegiados para pensar —desde el lenguaje, la imagen o la ficción— las tensiones del presente. Lejos de ofrecer respuestas cerradas, las obras analizadas en este trabajo abren interrogantes sobre el deseo, la alienación, la repetición y la agencia. En ese gesto, revelan que incluso aquello que parece natural —el sexo, el deseo, el placer, el cuerpo— está

históricamente codificado y políticamente mediado. Así, esta investigación se ofrece no como una conclusión definitiva, sino como una invitación a seguir pensando. A pensar con rigor, con sospecha, pero también con apertura. A comprender que las prácticas que hoy parecen inevitables pueden, tal vez, ser leídas de otro modo si nos atrevemos a interrogar no solo lo que hacemos, sino las condiciones que hacen que lo hagamos así. Porque solo al comprender el sistema que nos habita es posible imaginar, aunque sea tenuemente, formas de habitarlo de otro modo.

Bibliografía

- BATAILLE, Georges (2023). *El erotismo*. Traducción de Antoni Vicens y Marie Paul Sarazin. Barcelona: Tusquets Editores S.A.
- BAUMAN, Zygmunt (2005). *Amor Líquido. Acerca de la Fragilidad de los Vínculos Humanos*. Traducción de Mirta Rosenberg. España: Fondo De Cultura Económica
- BAUDRILLARD, Jean (1978). *Cultura y simulacro*. Traducción de Pere Rovira & Antoni Vicens. Madrid: Editorial Kairós
- BUTLER, Judith (2022). *Cuerpos que importan*. Traducción de Alcira Bixio. Barcelona: Ediciones Paidós
- CASAS, Christo (2023). *Maricas malas*. Barcelona: Ediciones Paidós
- HAN, Byung-Chul (2014). *La agonía del Eros*. Traducción de Raúl Gabás & Antoni Martínez Riu. España: Herder Editorial
- HOCHSCHILD, Arlie Russell (2008). *La mercantilización de la vida íntima*. Traducción de Lilia Mosconi. Madrid: Katz Editores
- ILLOUZ, Eva (2020). *El fin del amor: una sociología de las relaciones negativas*. Traducción de Lilia Mosconi. Argentina: Katz Editores
- NANCY, Jean-Luc (2010). *Corpus*. Traducción de Patricio Bulnes. España: Arena Libros
- OJEDA, Mónica (2016). *Nefando*. Barcelona: Candaya
- PRECIADO, Paul B. (2020a). *Testo yonqui*. España: Anagrama
- (2020b). *Pornotopía. Arquitectura y sexualidad en «Playboy» durante la guerra fría*. España: Anagrama
- QUINTANA, Pilar (2020). *Caperucita se come al lobo*. España: Random House
- SCHWEBLIN, Samantha (2015). *Siete casas vacías*. Madrid: Páginas de Espuma
- (2025). *Distancia de rescate*. Barcelona: Seix Barral
- (2025). *Kentukis*. Barcelona: Seix Barral
- TORRES, Sara (2024). *La seducción*. España: Reservoir Books
- ZIGA, Itziar (2009). *Devenir perra*. Barcelona: Editorial Melusina

Filmografía

- DE ARANOA, Fernando León (2005). *Princesas*. Mediapro
- JONZE, Spike (2013). *Her*. Annapurna Pictures
- LIDÓN, María (2004). *Yo, puta*. Dolores Pictures
- MCQUEEN, Steve (2011). *Shame*. UK Film Council
- NOÉ, Gaspar (2015). *Love*. Wild Bunch
- OZON, François (2013). *Jeune & Jolie*. Mandarin Compagnie
- VON TRIER, Lars (2013). *Nymphomaniac*. Zentropa Entertainments